

Catalina

Valentina Gatti

Catalina pasa ante la puerta de mi habitación, haciendo sonar sus aretes de caracoles; la falda blanca entre los muslos, pegada al sudor salado de su piel; los pies descalzos. Hace una mueca de disgusto y se lleva dramáticamente los dedos a las orejas. Inmediatamente bajo el volumen de la música, indeciso entre apagar el aparato o buscar un disco que le guste. De cualquier modo no es la música lo que puede atraer a mi hermana a mi cuarto. Seguramente, si hubiera algún objeto nuevo sobre el escritorio, entraría corriendo para verlo de cerca. Lo sostendría entre las manos y saldría con él sin mirarme siquiera, como siempre.

Recuerdo cuando mi hermana se adueñó de mi firma. Entonces Catalina venía constantemente a mi habitación. Se sentaba en mi cama muy seria, las rodillas juntas y las manos sobre el vestido, dejando a sus enormes ojos recorrer el cuarto, asombrada, como si viera por primera vez el afiche enmarcado de Miró, los estantes de madera repletos de libros de relatos fantásticos, la ropa sucia amontonada en el rincón.

Aquella tarde la lluvia y la casa vacía la obligaron a recurrir a mi compañía. Tal vez hubiera preferido tener algo más interesante que hacer, pero antes de que el aburrimiento la fastidiara encontró las hojas arrugadas donde practicaba, desde varios días atrás, las letras entrelazadas con que pretendía firmar mis trabajos escolares. Extendió uno por uno los papeles cuadriculados, los ojos cada vez más abiertos por la curiosidad, tratando de adivinar el significado de aquellos trazos ridículos. A los pocos días, mi firma había sido perfeccionada y ajustada a la inicial del nombre de mi hermana; sus tareas, sus cartas y recados, terminaban con ella, a pesar de mi evidente desagrado. Sin embargo, no me atreví a reclamar o a acusarla: sabía que mi padre era incapaz de resistir los dedos de Catalina enredándose entre su barba canosa; por grande que fuera el enojo.

Catalina se asoma por la ventana del balcón. Ni siquiera se ha dado cuenta de mi sobresalto. Busca a alguien; no a mí, por supuesto. Algo malo le ha pasado, puedo verlo en su cara de angustia, lo apremiante de su mirada. Corro para alcanzar la puerta y salir a su encuentro. Su mirada es fría y sus palabras cortantes. ¿Cómo puedo creer que me necesita?

Lo único que Catalina necesitó siempre para sentirse a salvo, de la culpa y de cualquier peligro, fue la aprobación de papá. Bastaba la certeza de que, por grave que fuera la falta, él la trataría con benevolencia, para que olvidara el daño causado y durmiera con la conciencia tranquila. Por eso seguía robándome lo que encontrara de su agrado en mi habitación: la acuarela que tardó tanto en tomar forma; las piedras volcánicas de mi colección; las canicas celestes; los cuentos de Calvino; las plumas de pavorreal. Nada de eso me importaba, porque Catalina hacía algo más que robarme mis pequeñas pertenencias materiales. Al principio, la pérdida de papá, extraviado entre los cabellos rizados de mi hermana, era lo más grave. Miraba su indiferencia hacia mis cosas, ansioso de poder sentarme en sus piernas, como mucho antes; como nunca desde Catalina. Catalina que me hacía menos niño, casi adulto, casi invisible.

Con el tiempo, los pasos de Catalina por el corredor llegaron a obsesionarme. Deseaba más que nada verla entrar, buscar entre mis cosas algo nuevo para su habitación. Si no me miraba podía conformarme con su presencia. Todavía.

La sopa está demasiado caliente. Catalina juega con la cuchara, el vapor choca con su rostro y se desvía para seguir luego el impulso del aire que entra por la ventana y perderse en el salón. Me mira, abre la boca para decir algo y se detiene, sorprendida. Tardo unos minutos en entender lo que pasa. Papá no ha venido a comer y yo, distraído, me he sentado en su silla. A pesar de la equivocación siento que esa mirada fue para mí. No puedo dejar de sonreír el resto de la tarde.

Catalina creció demasiado pronto. Me había acostumbrado a sentirla caminar por la casa, revolviendo armarios, buscando cartas viejas en el archivero, mirando por centésima vez las fotos de la playa. Cuando los amigos la alejaron de casa, buscaba cualquier pretexto para salir yo también. Dejé de serle fiel al periodiquero de la esquina para ir por las revistas de papá al puesto más cercano de donde estuviera Catalina. Era tan extraña su sonrisa, los gestos con que hipnotizaba a los que escuchaban sus historias... Luego, de vuelta en la casa vacía y silenciosa, esperaba con impaciencia su voz para poder estar en paz.

Cada día buscaba una nueva manera de llamar su atención. La segunda vez que utilicé el truco de la silla de papá, no funcionó. Al contrario, apenas logré que Catalina comiera de prisa para alejarse del salón, de mí. Tampoco servía hacerle regalos; nunca tuve el buen tino de darle algo de su agrado. Robarle la atención de papá era casi imposible. Podía lograr que se interesara unos minutos en mí, siempre que ella no apareciera a reclamar sus miradas y su oído. Entonces salía en silencio, sabiendo que nada era capaz de distraerlos cuando estaban juntos. Pero yo seguía buscando los

ojos de Catalina, confiando en que, tarde o temprano, por algún motivo, me necesitaría.

Catalina no ha salido de su cuarto. Tal vez esté leyendo, o pensando. No escucho ningún ruido. Está preocupada por papá y su tos de fumador empedernido. De tanto parecerse a él, las mismas ojeras azuladas rodean sus ojos. Papá viene poco a casa; trabaja como si se le acabara el tiempo. No me he atrevido a hablar del asunto, Catalina tampoco. Ahora baja las escaleras, la adivino asomándose a la ventana que da a la calle, esperando verlo llegar. Luego sube, se asoma a mi puerta. Me mira. Pero rectifica y se va, despacio, a encerrarse otra vez.

Un auto se acerca. Catalina corre escaleras abajo, abre la puerta. Papá regresa con fiebre, cansado. Está cada día más flaco, con más arrugas, con más canas. Dormimos con un sueño sobresaltado, esperando que el amanecer llegue para verificar que papá aguantará un día más, por pura terquedad, para aplazar lo inevitable.

Cada noche es una menos. Y yo espero con paciencia a que su ciclo se cumpla y pueda sentarme en su sillón de la biblioteca, mirando la puerta hasta ver entrar a Catalina, Catalina que vendrá corriendo a contarme sus últimas fechorías, sentada en mis piernas, entrelazando sus dedos en mi pelo.